

SARMIENTO PRECURSOR DE “LAS CIENCIAS DEL HOMBRE”

I. PRIMERA ÉPOCA (1850-55). — Cuando nosotros comenzamos a estudiarlo, hacen ya diez años que Sarmiento lucha en una tierra hermana, en favor de principios eternos a los que ha de entregar su vida toda: defensa de la libertad, respeto de la personalidad humana, fomento integral de la cultura. Diez años que ha tenido que abandonar la tierra natal, por mantener esa lucha, y tras una meditada tentativa de asesinato legal, que él contará después en páginas memorables. Desde entonces es el paladín de toda libertad y el antagonista de toda ignorancia.

En efecto, su lucha —iniciada ya a la sombra de su protector Oro en los páramos sanjuaninos— ha tenido que ser trasladada a sitio más seguro. En 1840 ha tenido que trasponer la Cordillera, no sin antes haber dejado estampadas lapidariamente las palabras famosas: *On ne tue point les idées*. En Chile ha ingresado en la sufrida falange de la prensa libre con su artículo magistral, el “12 de febrero de 1817”, bizarramente firmado como por “Un teniente de artillería en Chacabuco”, artículo que le va a abrir casi de inmediato, con resonancia inusitada, las puertas del periodismo y de la fama.

Por él, *El Mercurio*, diario de mayor circulación en Santiago y de vasta influencia literaria y política, le designa su redactor (¡con treinta pesos de sueldo mensuales!, lo que es ya una seguridad de pervivencia para el impecune “teniente” del relato. . .). Pero esto no es más que el comienzo. Dos meses después, Sarmiento se ha entrevistado con el ministro de instrucción pública chileno y de esa conversación nace *El Nacional*, primer diario que ve la luz pública en la capital chilena. Y, muy poco después, en 1842, de esa misma relación intelectual con el ministro Mont, surge la idea, enseguida plasmada, con urgencia sarmientina, de crear la Escuela normal de preceptores.

Para comprender su trascendencia y el paso adelante que suponía en el ambiente educacional chileno, y aún sudamericano, recuérdese que fue la primera Escuela normal que se instaló en América del Sur y que la única institución similar sólo tenía una antigüedad de dos años en Estados Unidos. Eso es lo que explica que su primer director, Sarmiento, buscara en Estados Unidos el plantel de maestras dentro de las primeras egresadas de la institución.

Desde entonces Sarmiento es parte importante en la vida intelectual chilena. Durante diez años se mezcla en todos sus problemas, es parte en los más grandes debates. Y con la impetuosa insobornable de su carácter se encrespa, se agita, ataca y se defiende en una lucha sin cuartel. Sin olvidar su condición de argentino, reivindica, como americano, el derecho de participar en el sufrimiento creador de nuestra América. Naturalmente esta amplia posición espiritual no es comprendida ni compartida por todos. Muchos de los lastimados se preguntan con qué derecho Sarmiento interviene con sus opiniones o pretende hacer valer sus argumentos para decidir el destino de un país que no le es propio.

De ahí nuevas rencillas y disputas, tanto más envenenadas cuanto más personales. Y sin embargo el gran combatiente supo darse tiempo, todavía, para escribir algunos libros, comenzando por ese extraordinario ensayo literario (tan endeble, empero, en muchos aspectos, para el historiador) que es el *Facundo*, publicado en 1845, al terminar el primer tercio de los 15 años que ha de permanecer en Chile. Ese libro, que lo coloca en primera fila entre los escritores de habla hispana, es seguido en 1848 por *De la educación popular*, en el que el pedagogo estricto vuelve más por sus fueros, y dos años después por *Argirópolis*, que es otro intento imaginativo de suprimir la Cordillera y proyectarse, de nuevo, a la vida político-social de la Argentina.

En tanto, amigos y enemigos crecen en Chile. Sarmiento viene a ser el centro de un turbión desenfrenado de pasiones. En este vórtice, hirviente de pasión pero quieto, desencadenando la acción desde su mesa de trabajo, está el formidable sanjuanino. Las injurias que contra él desata el gobierno de Rosas, coreado por algunos de sus corifeos provinciales, le pintan con tintas tan sombrías que Sarmiento se ve precisado a justificarse. Por ello nacen las conmovidas páginas de *Recuerdos de Provincia*.

Este es otro libro excepcional, mezcla de deleitosa y enterrecida añoranza (como los tiernos capítulos *La historia de mi madre* y, sobre todo, *El hogar paterno*, de resonancia antológica); de cuidada eurística, práctica casi desconocida en su

tiempo, como *Juan Eugenio de Mallea*, que inesperadamente se abre con el extracto de una *Información de méritos y servicios colonial*; de remembranzas de una infancia arisca y callejera (que por su color de vida áspera y batalladora recuerda inevitablemente la niñez de Ramón y Cajal); de evocaciones de una altiva y vibrante juventud, plena de ideales y herizada frente a una rastrera realidad: *La Vida pública*; y, por si fuera poco, dotado de un admirable capítulo sobre *Chile*, valiente, vibrante, lleno de calor vital, de idealismo, de fe en el progreso democrático de Latino América (a la cual cura con puntas de fuego) y de amor a la tierra en la que vive y en cuyo progreso ha puesto el alma.

Y bien, como si no bastara, todavía, con esa corruscante mezcla de elementos de interés, Sarmiento comienza allí —en 1850— a mostrarnos su preocupación por esa entonces despreciable pero cuantiosa cuota de la población de nuestro país que son los aborígenes. No lo hace muy exactamente, ni se refiere a todos cuantos habitaron la Argentina. Se limita a ocuparse de aquellos que poblaron la tierra sanjuanina, que es el escenario original de su relato.

El tema etnográfico aparece primero como un chispazo, en las páginas iniciales, al extractarse la *Información* de Mallea. Ello quizá pueda sorprender al lector común, pero no a quienes hemos trajinado largamente en archivos nacionales y extranjeros con esta clase de documentos, pues lo propio de tales es poner de relieve hazañas del servicio real frente a indios levantiscos, hazañosas “entradas” a territorios infestados de nativos “rebeldes”.

De manera que no ha de sorprendernos que Mallea lo haga levantar para que se diga que es “fijodalgo”, que intervino en las campañas del sur de Chile contra los araucanos, que llevó a cabo guerras de ese tipo a sus expensas “con sus armas y caballos” durante veinte años, que repobló Villarica y Concepción después de los ataques de los indios, que en 1560 pasó la Cordillera con otros cien hombres de guerra a las órdenes del capitán Pedro del Castillo y fue del grupo de los fundadores de Mendoza. En el reparto de tierras que siguió a la fundación, parece que a Mallea le tocaron algunas de las lagunas de Huanacache, que acaso cayeron más adelante dentro de la jurisdicción de San Juan.

En efecto, el general Juan Jofré avanzó luego con parte de esos vecinos de Mendoza hacia el norte, recorriendo varios valles (entre ellos el de Tulum, que es el único que se menciona especialmente) y a su regreso fundó la ciudad de San Juan de la Frontera. Posiblemente Mallea fue de esa “entrada” y debió portarse allí “como bueno y leal vasallo de su Majes-

tad”, pues casó en San Juan con la hija del cacique de Angaco, la cual había sido bautizada previamente con el nombre de D^a Teresa de Ascencio, y le trajo en dote “muchos pesos de oro y dióle varios hijos”.

Como muchas veces ocurre, los hijos le quedaron, pero los pesos de oro evaporáronse, habiéndolos perdido “en el mantenimiento de su gente y casa en servicio del rey” y por no pagarle tributo sus indios.

Tales indígenas no eran otros que los huarpes. Y —aquí viene lo más importante— a describir la vida y costumbres de estos indios, Sarmiento dedica —¡en 1850!— el capítulo siguiente de su libro. No lo hace meramente sobre la base de sus propios recuerdos personales acerca de sus mestizados descendientes, o apoyándose en la memoria colectiva de sus coterráneos o en las tradiciones de familia, como lo hubieran hecho la inmensa mayoría de los que por entonces hubieran tratado el tema.

Por el contrario, parte de un método documental mucho más sólido, aunque él no pueda con el genio, escape a cada paso y, además, termine el capítulo con consideraciones sociológicas y políticas que le son más familiares. Pero para toda la parte etnográfica, propiamente dicha, se apoya en los dichos testimoniales de la *Información* de Mallea y en la *Histórica relación del reino de Chile* del P. Ovalle. La *Información* es un bien de familia. El la ha encontrado en un viejo arcón olvidado. Pero la *Histórica relación* demuestra un gran olfato histórico-etnográfico, pues el P. Alonso de Ovalle fue en su época y sigue siendo para la posteridad una de las más altas y reputadas autoridades que existen acerca de quiénes eran y cómo vivieron los indígenas que Sarmiento quiere evocar para nosotros.

¿Qué es lo que el autor de *Recuerdos de Provincia* quiere destacar de la descripción de los huarpes por Ovalle? Su existencia a los bordes de las lagunas de Huanacache, donde vivían de la pesca, de la siembra del maíz y de las grandes cacerías colectivas de guanacos, haciendo gala de su enorme capacidad de marcha. El sociólogo anota, en seguida que “Hasta hoy se conservan tradicionalmente las leyes y formalidades de la gran cacería nacional que practicaban los huarpes todos los años”. Y agrega: “Nada se ha alterado de las costumbres huarpes sino la introducción del caballo”. ¿No vemos en esta última observación el germen de las magníficas páginas sobre esa importancia transformadora que el propio Sarmiento escribió más de treinta años después en *Conflictos y armonías de la razas en América?*

De esta manera alternativa, nuestro autor alude a la capacidad de rastreo de las huellas por los huarpes (no sin traer en seguida a colación a su descendiente Calibar, cantado por él en el capítulo *El rastreador* de su inmortal *Facundo*; a las canastillas de apretado mimbre que aquellos usaban hasta para el transporte de líquidos; a sus insubmersibles embarcaciones de totora, con las que surcaban las lagunas nativas; a las “pintadas cántaras de barro” y a dos toscos platillos de oro (que aún siendo de manufactura aborígen acaso no fueran de procedencia huarpe, como podría, acaso, colegirse de metal tan precioso y del uso de decoración pintada, a la que los huarpes parece no fueron originariamente tan afectos.

Por fin, recuerda Sarmiento allí, “Los huarpes tenían ciudades. Consérvanse sus ruinas en los valles de la cordillera”. No hemos de insistir en el exceso que supone —desde el punto de vista arqueológico moderno— denominar “ciudades” a tan reducidas y míseras fundaciones. Ya veremos que algunos años después, Juan B. Ambrosetti, el creador de la arqueología argentina, denominará como “ciudades” sólo a ruinas mucho más vastas y de mucho mayor jerarquía arquitectónica, como las de Quilmes y las de La Paya, descritas por ese insigne maestro con muchos años de diferencia entre sí.

Denominar como “ciudad” indígena a las ruinas de Calingasta, que personalmente hemos visitado hace más de quince años, y atribuirles “más de quinientas casas en forma circular” es magnificación generosa que sólo puede ser imputable al entusiasmo de Sarmiento.

Por último, no olvidemos la pasajera referencia que el mismo hace a “las piedras pintadas, vestigios rudos de ensayos en las bellas artes”, que pueden advertirse en el cerro Blanco, en el Valle de Zonda. Allí se estampan “perfiles de guanacos y otros animales”, así como “plantas humanas talladas en piedra, cual si se hubiera estampado el rastro sobre arcilla blanca”. De manera, pues, que se ve que Sarmiento diferencia, aunque sea de manera superficial, los petroglifos de las pictografías. Y no olvidemos que éste es el material de cuyo recuerdo se ha de servir cuando llegue el momento de dirigirse a la Sociedad Antropológica de Inglaterra, casi quince años más tarde, cuando ya, caído el tirano, el proscrito de hoy, discutido y amenazado, sea el gobernador de la ínsula nativa. . . .

Como vemos, pues, hasta en el terreno de las “ciencias del hombre”, Sarmiento sigue siendo precursor por antonomasia. Como no había de ser el que fue, en su tiempo, el más celoso custodio y vigía de toda manifestación de cultura. Pero los acontecimientos se precipitan. La acción le llama. El, que a fines de 1841 había querido cruzar la Cordillera para acudir

en socorro de La Madrid y sólo había llegado a tiempo de recibir a los heridos y desbandados y operar de Providencia, no quiere que diez años después le pase lo mismo.

El 2 de noviembre de 1851, vestido con el uniforme de teniente coronel (cargo que él mismo se ha discernido) desembarca en Montevideo y se presenta ante Urquiza. Este desconoce al guerrero, pero admira al escritor. Reconoce su grado y le confía el cargo de “boletínero del ejército”. Sarmiento lo convierte en un pregón homérico y escribe para él páginas de antología como el inolvidable cuadro del paso del Paraná. A la hora de la victoria está entre los que la han conquistado, que es lo que le importa.

No para lucrar, pues pronto rompe con Urquiza, regresando a Chile, vía Río de Janeiro (desde donde anatemiza al nuevo, posible, Dictador). Desde el Acuerdo hasta Pavón ha de luchar tan sólo por el mantenimiento de la integridad nacional y por el respeto de las leyes defensoras de los derechos de la persona: denuncia el Acuerdo, protesta contra Benavídez por la inconsulta anulación de su diploma de diputado por San Juan, polemiza con Alberdi en uno de los más recios encontronazos de estos dos iracundos.

No le interesa ser diputado, pero le importa —y mucho— que no se juegue con los derechos y libertades que proclama la Constitución Nacional. Tan no le interesa ser diputado porque sí, que cuando el pueblo de la provincia de Buenos Aires le elige para llenar ese cargo en la primera Legislatura provincial, lo renuncia con palabras monitoras y lo mismo hace con la banca de diputado nacional por la Provincia de Tucumán.

Es que la unidad nacional se ha roto y el divorcio entre la Confederación y el estado de Buenos Aires implica una posibilidad de ruina total en la que el gran patriota no quiere complicarse. El que siente la Nación como su obra y se sabe porteño en las provincias y provinciano en Buenos Aires. . .

Pero, con todo, la patria ejerce sobre él atracción irresistible. Tras una primera tentativa infructuosa, comienza su regreso en 1855. No cuenta con la jurada enemistad de Benavídez, quien le hace detener en San Juan, a su paso por el territorio de la provincia de su mando. Pero esa torpe detención arbitraria únicamente logra poner en relieve la difusión nacional del nombre de Sarmiento y reafirmar, una vez más, sus calidades morales.

Al llegar a Buenos Aires no acepta cargos públicos. Viene a colaborar no a medrar. Y se suma a los redactores de *El Nacional*, desde el que interviene en todos los grandes problemas del momento. Su genio político creador, su talento de periodista, lucen arrebatadoramente: finanzas, comunicaciones, en-

señanza, legislación sobre tierras públicas, doctrina constitucional, todas las cuestiones fundamentales pasan por el control iluminado de su pluma.

No es extraño que termine por aceptar una banca de senador provincial por San Nicolás. Allí interviene brillantemente en la reserva de los derechos políticos a los nacionales, en la sanción del Código de Comercio (obra de Vélez Sársfield y Acevedo), en el reconocimiento de la inamovilidad de la cosa juzgada, en la facultad del Ejecutivo de conceder indultos (con la sola reserva de aquellos que tuvieran por causa delitos políticos). Del mismo modo, en la Convención provincial, actuando como miembro de la comisión de reformas, quitó al Congreso Nacional el derecho de modificar las constituciones provinciales, introdujo el artículo que consagra las libertades no enumeradas y, en célebre debate con Félix Frías, resultó el paladín de la libertad de conciencia . . .

II. SEGUNDA ÉPOCA (1864-66). — Ahora estamos a comienzos de 1864. La parte acaso más dolorosamente bravía de la vida de Sarmiento ha transcurrido, pero ella no ha menguado un ápice su rebeldía contra las normas hechas ni su afán de saber algo nuevo. Es mucho lo que ha trajinado su vida en el decenio que acaba de cerrarse; por el escenario nacional Sarmiento se ha paseado, batalladoramente, haciendo siempre obra.

En los diez años que van de 1855 a 1864, ha sido concejal bonaerense, director de escuelas, senador en tres oportunidades diferentes, miembro de la Convención constituyente, ministro de Gobierno colaborando con Mitre, acompañante del general Paunero en su misión pacificadora a Cuyo, gobernador de San Juan en donde realiza una administración próspera, y —por encima de todo este vértigo de trabajo y de iniciativas— periodista y maestro. Esta labor de diez años podía bastar para llenar la vida toda de un hombre y colmar la actividad de una existencia normal. Pero Sarmiento escapa a las medidas comunes, hechas para los otros. De cualquier década de su vida casi podríamos decir lo mismo.

Para descansar de toda esta tarea busca derivativos en nuevas empresas. No descansa de la acción en la dulce ociosidad, que ignoró durante toda su larga vida, bien colmada de tareas renovadas. Se evade de ella, olvidándola, en el ejercicio de nuevas labores, que incesantemente descubre y le reclaman. Su omnívora curiosidad le arrastra a ocuparse de las cosas más dispares. El mundo es un espectáculo maravilloso, para este gran sensual de la acción, y él no quiere perderse ninguna voluptuosidad del intelecto. Penetra con viril determinación

en todos los ámbitos del saber y, aunque a ratos yerre como buen autodidacto, a veces hasta sus errores son fecundos, pues importan para nosotros, una grande enseñanza.

Estamos a comienzos de 1864. Su labor, como gobernador de San Juan es extenuante. ¿Cómo ha de descansar de ella? Ello es imprevisible, porque este hombre sobre el que parece resbalar la fatiga, es siempre imprevisible y para sus contemporáneos, muchas veces desazonante. . . .

¿Qué es lo que se le ocurre esta vez? El 30 de enero firma una comunicación, destinada a la Real Sociedad Antropológica de Inglaterra, en la cual narra “una excursión reciente, de persona que pasa por entendida” —perífrasis trasparente bajo la cual esconde, en la primera parte del escrito, su personalidad demasiado robusta para permanecer en el anonimato mucho tiempo— a la zona sanjuanina de Zonda, en la cual existen numerosas piedras pintadas. Esta descripción es la primera página de Sarmiento en la que podemos advertir su interés por las “ciencias del hombre”, que van a ir ganando con el tiempo algún lugar en el conjunto inmenso de su labor escrita.

Pese a la gallardía —bien sarmientesca— con que se califica a sí mismo como “entendido”, no parece ser que su preocupación por estas materias proceda de muy lejos. Cierto es que aclara, según parece por primera vez, el origen de estas pictografías, que antes se creían obra “de los mismos que visitan aquellos lugares”, hipótesis que corre pareja con aquellas iniciales que también se estamparon entre 1880 y los años aurores del siglo siguiente por parte de los más importantes prehistoriadores europeos, que ni siquiera tuvieron luego el coraje magnífico de un Cartailhac para desmentirse. . . .

Me refiero a las que atribuían maravillosas decoraciones murales que recubrían la caverna española de Altamira a beodos legionarios romanos o a rústicos pastores ibéricos. Acaso algunas reminiscencias infantiles del parco y catoniano hogar materno, el trato infantil con indígenas incorporados a la vida europea, da la pista de este interés que ahora cuaja en páginas algo difusas para el concepto moderno, pero en las que Sarmiento desarrolla una serie de conceptos bien incorporados ya a su acervo mental.

Sin embargo, no creemos que su interés arqueológico sea de fecha demasiado anterior y no lo creemos, sobre todo, porque en el gran polígrafo toda curiosidad intelectual se transforma, casi de inmediato, en labor escrita. Es de los que creen que hay que decir lo que se está estudiando para que otros lo aprovechen. Que hay que decirlo, para suscitar en torno de lo que es preocupación puramente personal un movimiento de opinión colectivo que lo recoja y amplíe.

Su escrito señala con precisión el color morado de la pintura, recubriendo el blanco ceniza de la pared lítica; describe los indios representados con sus diademas de plumas, los detalles de su vestido y los rasgos del sombreado en el que, “como en las pruebas negativas de la fotografía, las luces son negras y las sombras blancas”; las armas y algunas características terminales de las presentaciones antropomorfas, donde no aparecen bien figurados ni pies ni manos. Sarmiento distingue entre los que son, a su parecer, dibujos y pinturas primitivos y los que son “imitaciones modernas” o garabatos que no pueden parangonarse, en importancia y calidad artística, con aquellos trabajos autóctonos, castigando, de paso, con fin moralizador que nunca falta en su prosa, ese grotesco afán de recubrir obras venerables con fechas y nombres propios, “que conmemoran lo que no merece recuerdo”.

Señala el instrumental recogido —entre él *conanas* perforados por el uso— y fustigando, con su antiespañolismo habitual, la obra de la Conquista, observa que “El valle de Zonda ha sido, pues, regado por los indios, en toda su extensión, y es una vergüenza para el pueblo culto que lo destruyó, no haber sabido aprovechar, sino de los trabajos de los indios, de estas indicaciones al menos”, como se evidencia por la mala construcción de la acequia moderna que deja sin regar todo el declive de la montaña. Concluye, pues, en forma lapidaria: “Hoy no hay entre las familias plebeyas de Zonda, cien individuos de raza india; mientras que la *acequia* que regó el valle, pudo asegurar alimento para diez mil habitantes. Tres siglos de conquistas han bastado para hacerla desaparecer”.

Todo esto mezclado, en la forma habitual en esas épocas heroicas, con los datos más incongruentes y con las afinidades más absurdas, estampadas allí con deliciosa ignorancia de toda etnografía. Así no es extraño verle relatar, bajo la fe de la palabra de “un filólogo noruego” las supuestas afinidades entre los escandinavos y los indios. En cambio, tiene, en ese mismo artículo, algunos magníficos aciertos, tal cual el que establece las analogías existentes entre la pintura de los primitivos y los grafitos infantiles. Por último, señalamos que no es éste el único lugar que Sarmiento visita en su San Juan natal, con un propósito de estudio arqueológico: al final de su comunicación ofrece —cosa que más tarde su misión a Estados Unidos, sin duda, le impidió realizar—, comunicar a la misma docta Real Sociedad los resultados de su estada en las ruinas de Calingasta, “donde hay una tambería, ciudad india, y varios cementerios todavía existentes”.

No nos formalicemos demasiado tampoco esta vez con la arbitraria equiparación de los términos “tambería” y “ciudad”

—que para un arqueólogo moderno significan cosas tan distintas—, y lamentemos que sus labores en la política y la diplomacia nos hayan impedido conocer esa otra página suya, ya que en estos eruditos placeres distraía Sarmiento sus ocios de mandatario incansable en la indómita provincia que supo eliminar a algunos de sus demasiado entrometidos gobernadores y en la que tuvo que sostener su terrible guerra contra *El Chacho* y su apasionante polémica con Rawson

Esta su única descripción arqueológica de un lugar en el que se asentaron los pobladores aborígenes cobra un interés particular y permanente, si tenemos en cuenta que el cerro donde se hallaban las famosas representaciones fue convertido en adoquines para aceras, en 1898, por obra de un “progresista” y aprovechado empresario de construcción. ¡Tanto combatir al indio para dilatar nuestras fronteras —habría dicho el autor de *Facundo*— cuando llevamos al indio adentro...! Por fin, anotemos que este trabajo de Sarmiento acrecienta su importancia por el hecho de ser —aún hoy— la provincia de San Juan todavía bastante desconocida desde el punto de vista arqueológico, y por señalar él que “En Calingasta, Leoncito, La Iglesia y otros puntos del lado de Tontal, se encuentran vestigios aún más curiosos de las antiguas naciones de indios que habitaron en gran número aquellos parajes hoy casi solitarios”, algunos de los cuales todavía en la actualidad esperan ser investigados, lo que da la medida de hasta qué punto, aun en estos temas que trató en forma incidental, fue un precursor y un vidente.

Para insistir en situar en nuestros días la capacidad de inéditez de Sarmiento y su auténtica originalidad en el manejo de estos temas, baste señalar que, pese a la importante monografía de Debenedetti sobre los valles preandinos de San Juan (1917), a los dos extensos viajes de reconocimiento, relevamiento, determinación de yacimientos arqueológicos y estudio de petroglifos y pictografías, realizados en 1939 y 1940 por el autor del presente estudio, y los verificados todavía más recientemente por otros autores, entre los que se señalan los actuales del profesor Schobinger, aquella provincia andina mantiene sin solución definitiva muchos de sus más importantes problemas científicos, en el doble aspecto de lo arqueológico y lo etnográfico.

II. A fines del mismo año, Sarmiento se encuentra en Lima. Su interés por las cosas de las repúblicas del Pacífico —aparte de Chile, por quien su afecto y su agradecimiento le llevó hasta el error de querer cederle la Patagonia argentina—, es muy

grande. Con esa insaciabilidad intelectual que es su característica, se interesa por todo y, desde luego, no desdeña a la arqueología, que es en el Perú algo más que una ciencia académica. Así visita las *huacas* del valle del Rimac, en las cercanías de Lima y el 6 de diciembre, escribe un extenso ensayo que José María Cantilo, hizo publicar en el *Correo del Domingo*, casi un año después de haber nacido de su pluma.

Este nuevo trabajo, considerado a los setenta años de haber sido escrito, contiene la misma mezcla de elementos ingenuos y de intuiciones geniales, pero constituye, sin lugar a dudas, un nuevo y espléndido testimonio “del interés que a mí me inspiran” —como dice Sarmiento— estos elementos arqueológicos que se agrupan bajo el rubro común de *antigüedades peruanas*. Entre las ingenuidades señalemos, de nuevo, las famosas afinidades fonéticas —esta vez entre el quichua y el sánscrito y egipcio antiguo— que a base de discutibles identificaciones glotológicas permiten agrupar arbitrariamente los elementos más dispares. Entre los errores garrafales, la ausencia de toda diferenciación (de forma, de estilo decorativo, de intencionalidad conceptual), entre la variadísima cantidad de cerámicas preincaicas y el seco y reducido repertorio de esos elementos puramente atribuibles al Imperio del Tahuantisuyo.

Entre las intuiciones, la pregunta, que Sarmiento se formula de si la invasión hispánica habrá sido o no la primera que se ha verificado sobre la costa peruana y que, por la manera como está formulada, parece resolverse, en el fondo de su conciencia, en forma negativa.

Esta pregunta —y su respuesta implícita— es una anticipación, en más de medio siglo, al planteamiento científico del poblamiento primitivo de América por poblaciones malayo-polinésicas, melanésicas y australoides, que Paul Rivet ha realizado. Claro que esto, en Sarmiento, no pasa de un atisbo, de una llamarada de instante, pues en otra parte de su escrito señala que el origen de los americanos se encuentra en las invasiones de tártaros, egipcios y asiáticos, cuya última indicación —si dejamos de lado las candorosas referencias primeras— podría ser firmada por Hrdilcka, el campeón más notorio de la tesis del poblamiento asiático por vía del estrecho de Bering e islas Aleutinas.

Cuando Sarmiento afirma, visitando las del valle del Rimac, que “En quichua la palabra huaca significa ídolo, pero el uso lo ha consagrado especialmente al montículo que revela la existencia de sepulturas indias”, está lejos de suponer, a lo que parece, la formidable complejidad de lo que, para el abori-

gen del Tahuantisuyo, era una *huaca*. Si hubiese podido leer las compactas páginas que Garcilaso de la Vega, el mestizo estu-
pendo, dedica al asunto en el tomo primero de sus muy famosos *Comentarios reales*, habría quedado cabalmente impuesto de toda la proteiforme complejidad del término y no lo habría resuelto de manera tan simple.

Con todo, su interés por estas maravillas que surgen de la tierra, como al conjuro del golpe de la pala, se manifiesta claramente. Bien advierte que los límites de la cronología histórica son demasiado estrechos para encerrar en ellos a la vida primitiva del hombre. La arqueología y la geología —hermanamiento que suelen todavía olvidar algunos arqueólogos que desdeñan estudiar las condiciones del terreno— nos lo revelan. Sus esfuerzos para penetrar el misterio de los ritos y de las formas del culto de los muertos le llevan a esfuerzos de análisis ponderables, en los que disocia la parte puramente formal del culto o rito, de la idea de las posibilidades de otra vida, que juzga anteriores, previas y que ensamblan, como él hace notar, en un cuadro cultural que revela desarrollo social y religioso.

Por lo demás, Sarmiento tuvo la suerte de poder conocer aquellas grandes construcciones, hechas por mano del hombre peruano primitivo, cuando aún el tiempo no las había desgastado y destruido ni el habitante moderno había incidido, por su parte, en acentuar ese proceso de destrucción natural. En efecto, en aquellos años, tanto por las reducidas dimensiones de las construcciones modernas (especialmente en el sentido de su altura) como por las deficientes condiciones de su técnica constructiva, las *huacas* se destacaban abiertamente por su magnitud e imponencia.

Así lo sintió Sarmiento, pese a no hallarse en presencia de los monumentos más excelsos de su especie, ya que las de las cercanías de Lima, que él conoció, no alcanzaron nunca las dimensiones realmente colosales de las de Chan-Chan, en las cercanías de Trujillo (especialmente si nos referimos a sus más destacados exponentes, tal como, por ejemplo, la enorme mole que conocemos con el nombre de la “Huaca del Sol”).

Describe las huacas, cuya sola presencia le llena de emoción. Algunas de ellas —la de San Isidro, por ejemplo— se le aparece como una verdadera fortaleza. Le infunde respeto la inmutabilidad de estas colosales construcciones, que han desafiado los siglos y que siguen incólumes. Y se detiene en una descripción —minuciosa para su época— de las formas “sedantes o acurrucadas” de entierro (como denomina a la posición ritual), y de las causales de la momificación y conservación actual de los restos que, apunta, son producidas por la extraordinaria sequedad del ambiente. Describe, así, los pa-

quetos funerarios “con la forma de una pera”, envueltos en tejidos, en los que las momias aparecen con las órbitas rellenas de algodón en rama, y forradas de mantos tejidos de incalculable valor arqueológico, dentro del habitual receptáculo de paja.

Y lo hace con la minucia, la exactitud, de quien ha presenciado tareas de excavación con sus propios ojos.

Sabedor Sarmiento de que Cantilo había hecho publicar en Buenos Aires este ensayo, le endilga desde el lago Oshawana donde estaba en una de sus correrías de inquieto diplomático, una carta en la cual insiste sobre el examen de las huacas, “asunto este que toma cada día mayor interés histórico”. Se ve que, lector apasionado como es, ha procurado informarse y así expresa, con ese desenfado que le permite adoptar, ampliar, discutir o refutar las opiniones de los especialistas sobre la base de sus lecturas o su ocasional experiencia, que “Mr Squier, arqueólogo norteamericano que examinó las Huacas de Lima, cree como yo que son muy anteriores a la civilización de los Incas, si bien yo creo que los monumentos de piedra del Perú son muy anteriores todavía a éstos”. La frase es típica de aquel autodidacto, siempre —con razón o sin ella— seguro de sí mismo. En esa misma carta, anota este otro pensamiento que podría hacer meditar, no sólo a nuestros etnógrafos, sino a los miembros de nuestras jóvenes escuelas filosóficas: “La filosofía, si los filósofos estuvieran como nosotros en la frontera, debieran ir a los toldos de Calfucurá, a estudiar las cuestiones tan debatidas sobre el alma, las ideas innatas y demás nociones que toman desde la altura a que ha llevado el desenvolvimiento humano después de millares de siglos de civilización. El *gualicho* sería el germen de toda metafísica”.

Esta es, naturalmente, una *boutade*, una “conjeturada aventurada”, como él la califica a renglón seguido. Pero es, además, una intuición estupenda del rumbo que habían de tomar los estudios de la mentalidad primitiva, que culminan, en hace pocos años, con los entonces tan admirados ensayos de Levy-Bruhl y sus discípulos, y con las investigaciones que —para no salirnos de lo nuestro— han practicado Karsten en punto a los aborígenes del Chaco y Gusinde para las poblaciones más australes, entre tantos otros etnógrafos, nacionales o extranjeros, que tratan de develar el mecanismo y las concepciones animísticas de nuestros pueblos primitivos.

Se ve, en esta carta, que Sarmiento continúa preocupado —como lo seguirá estando en lo sucesivo— por la lectura de las teorías de geólogos y prehistoriadores europeos. Así cita en ella a Lyell y a Boucher de Perthes, de quien he tenido el honor de trazar la biografía, aun cuando es posible dudar de que, en cuanto al segundo al menos, conozca en esa época sus

trabajos, pues le llama, simplemente, De Pert. Con todo, no es poca hazaña poder citar, sin haber llegado a Europa, los trabajos de Boucher de Perthes, dos años antes de la muerte de este genial y desventurado precursor, que desapareció —como lo tengo dicho— “Sin títulos oficiales, sin cargos ni sinecuras”— y perseguido, implacablemente, hasta más allá de su muerte, por la ciencia oficial de su tiempo.

Estas preocupaciones científicas de Sarmiento, estas visitas a las huacas limeñas, que habían motivado ambas producciones, eran —como en todos los casos—, esfuerzos al margen de sus otras actividades fundamentales y se habían verificado en ocasión de aquella invitación personal, con la cual había concurrido al Congreso de los países del Pacífico, motivando esta concurrencia expresivos, aunque amistosos y confidenciales reproches del Presidente Mitre, con quien había colaborado según ya expresé en el gobierno del Estado de Buenos Aires. Las exigencias de su cargo en Estados Unidos, sin alejarle de la lectura de obras referentes a la antropología, en su sentido amplio, nos van a privar de contar, hasta más adelante, con nuevas contribuciones de su pluma. Con ello se cierra, pues, para sus actividades vinculadas a “las ciencias del hombre”, esta su segunda etapa.

III. TERCERA ÉPOCA (1879-86). — Han llegado los momentos de más intensa expectativa política para Sarmiento. El tiempo lo ha ido convirtiendo en una de las más grandes figuras nacionales, en una de esas personalidades insignes que forman la reserva moral de la Nación. Al mismo tiempo, su alejamiento de las contingencias de la política local, de las rencillas partidistas, y de toda estridencia, al limar las asperezas, acallar los reproches, han ido dejando de resalto y en notable evidencia la nobleza de su talento natural y la eficacia de sus austeras ideas de gobierno. El sueño de su vida, la aspiración más intensa, no por la apetencia del mando, pero sí por las posibilidades de acción que el cargo puede conferirle, está a punto de realizarse. Su gravitación natural en el mundo intelectual de los Estados Unidos, tras sus doctorados *honoris causa* —únicos doctorados posibles para este autodidacto que sólo cursó en las rudas Universidades de la vida—, se marca en el honroso consenso público que le hace figurar entre las postreras figuras de una pléyade de 53 hombres ilustres, nativos o residentes en la patria de Wáshington. Y este empuje de las fuerzas morales que en aquel hemisferio le señala entre los más grandes de una grande nación que no es la de su cuna, ha de repercutir en ésta.

Sus amigos, bajo la dirección sentimental, sólo a medias encubierta, de Amalia Vélez, realizan una cruzada política en torno de su nombre. El alejamiento le ha sido propicio, pues la ausencia ha hecho olvidar muchos resquemores y ha limado las aristas, demasiado agudas, de su personalidad excesiva. Aparentemente solo, sin partido, surge su candidatura para Presidente, ante la expectante simpatía de algunos gobernadores de provincia que recuerdan confiadamente su posición federalista en la sonada polémica con Rawson. Poco a poco su candidatura cobra fuerza y alcanza el milagro de verse designado.

No es el caso de recordar aquí su fulgurante presidencia, henchida de acción en torno de sus grandes ideales. Desdichadamente para el asunto que hoy requiere este examen, ellos eran demasiado absorbentes y Sarmiento no pudo realizar iniciativa alguna que a las “ciencias del hombre” se refieran. No todo era culpa suya. Los Ameghino, los Moreno sólo comenzaron a apuntar más tarde y aun con todo su entusiasmo plutónico, Sarmiento no podía improvisar, desde el poder, una ciencia que no tenía, entre nosotros, representantes visibles bajo su presidencia.

Pero, sus afanes de la primer magistratura terminan, así como casi todas las tareas de su senaturía por San Juan y, en 1879 —después de haber sido por cuatro años, además de senador por su provincia, director general de escuelas de la de Buenos Aires— encuentra tiempo, aún, para volver a sus funciones de periodista en *El Nacional* y para recordar, en un *compte rendu* del primer número de la *Revista de Ciencias, Artes y Letras*, los trabajos que otrora suscitaban su interés. Así señala que “Un campo nuevo se presenta al espíritu de investigación nuestro, y ya lo recorren con paso firme, Moreno, Zeballos, Lista, López, etc. Los orígenes americanos, por sus manifestaciones prehistóricas los unos, por sus peculiaridades lingüísticas los otros, y en estos dos ramos subsidiarios y como continuación de la geología y de la paleontología, pueden los estudios criollos contribuir al adelanto general de las ideas en el mundo científico”.

En este trabajo, tras de anunciar el contenido de las monografías publicadas, sienta la idea de que “El indio es el hombre prehistórico vivo”, concepto erróneo si lo tomamos al pie de la letra, pero exacto en cuanto señala, como lo hace Sarmiento a renglón seguido, el interés que para dilucidar los hechos del pasado tienen “sus usos, sus ideas actuales”, las que “deben ser conservadas y descritas, como sus hachas, sus puntas de flecha de piedra, porque pertenecen al mismo juego de piezas que constituyen el hombre prehistórico”.

Naturalmente, desde un punto de vista estrictamente técnico, no tiene sentido el pretender que el instrumental lítico de cualquier agregado humano primitivo actual, sea equiparable al *coup de poing* amigdalóide del hombre prehistórico. Pero esto —y muchas cosas más— las sabemos hoy por haber seguido su consejo de guardar y describir el instrumental aborigen. Y por haberlo hecho con el escrupuloso cuidado y el meticoloso respeto que subraya su párrafo final, en el que expresa que “el que estudia los tuestos de barro, las puntas de flecha de sílex que encuentra, debe conservar, sin alterarle la más pequeña facción, olvidándose que es razonador y moderno, y conservando en el relato su oficio de simple repetidor o traductor a la letra, aun en el caso que él mismo no entienda bien lo que ve y oye; pues eso que oye y ve ha de servir a explicar y completar la historia del pensamiento humano”.

Todo buen folklorista sabe que debería grabarse hoy, con profundidad indeleble, la lección que, “a la letra”, surge de estas recomendaciones, que —tras su inevitable y aparente modestia— revelan uno de los más bellos menesteres de la función de servicio que debe ser su norte: la de fidelísimo “repetidor” de lo visto o escuchado, sin pretender “embellecerlo” con interpolaciones literarias. . .

En tal sentido, y por otra vez, todavía vemos a Sarmiento, con una simple frase, ponerse a la cabeza de los cultores de otra de las disciplinas científicas que sigue alcanzando entre nosotros justificada boga.

Tres meses más ocupó su banca del Senado. El 1º de septiembre —cometiendo uno de los grandes errores políticos de su vida—, asumió el Ministerio del Interior, en el que duró sólo dos meses. Fue un período de ruda labor, antes de caer, víctima de un tácito acuerdo de los dos adversarios irreconciliables del día antes: Roca y Tejedor. Su caída que estremeció al Senado con el fragor de un discurso que es una de las más altas piezas de la oratoria parlamentaria argentina, había de costar a Roca la cartera de guerra.

¿Cómo no asombrarse de que el magnífico polemista, de que el valiente hombre de gobierno que tenía el coraje de abjurar, en pleno recinto del parlamento, de sus convicciones de ayer, con palabras de cívica hombría, tuviese durante su rápido y apasionante ministerio, tiempo para pergeñar, entre tantos otros ensayos periodísticos, el que bajo el título de “Arquitectura doméstica” publicó en la *Revista* antes mencionada, en su número del 15 de octubre, y en donde estudia la evolución de la casa a partir de las formas más primitivas?

Allí sostiene que se puede “estudiar su transformación de toldo que fue, en rancho aislado, cuadrado, alto de dos varas, con techo de paja y quincho”, tipo de edificación que, como anota algunas líneas más abajo, “remonta a los indios, y es un progreso ya sobre el toldo móvil de los paraderos. La conquista fijó en torno de nuestras ciudades a los indígenas, que clavarón de firme sus toldos, hoy ranchos en que toda una familia vive, come y duerme”. He aquí, pues resumida en tres líneas, la transición del nomadismo al sedentarismo, sobre la que vuelve a insistir quince páginas más adelante al afirmar de nuevo que “La tienda del salvaje se fija en el rancho”.

También en éste caso habría posibilidad de objetar a Sarmiento la excesiva trasposición que nos obliga a cumplir para aceptar estos conceptos. En su afán de simplificación docente, y con la brevedad de un relámpago nos lleva a trasponer siglos de esfuerzos, de tentativas, de fracasos. Todavía hoy ni el etnógrafo ni el etnólogo pueden explicarnos cómo se realiza la fijación de las tribus o de las bandas nómadas al suelo (posiblemente porque en cada caso particular son más de una las causas concurrentes a que sea dado ese gran paso cultural), en tanto que aquí, Sarmiento, con el alegre ademán de un escolar en vacaciones, quiere encerrar en leves modificaciones de la estructura arquitectural de la vivienda, la causa de la fijación de la misma y hasta de la aglomeración urbana.

Hay, además, en el artículo, dos referencias concretas a lo quichua: la traducción de *quincho* (“palabra técnica quichua”) por *muralla* y la información —harto aún más discutible— de que el uso del “adobe” nos ha llegado “del Occidente por los indios peruanos”, reminiscencia apresurada y evidente de lo que él viera en las construcciones preincáicas de la costa del Perú.

La publicación de este ensayo ocurrió justamente una semana después de la patética escena de su retirada del Senado, en donde había comenzado su famoso discurso —verdadero testamento político, como lo advirtieron sus contemporáneos— anunciando su renuncia y en el que, dramáticamente, advierte que cree que no volverá a hablar más ante una asamblea y que puede decirse que es de ultratumba que lanza la palabra.

Este tremendo golpe —que comprometía tan fuertemente sus posibilidades de una segunda presidencia, que su candidatura no podría reponerse—, le amargó enormemente, pero un retiro cordobés restituyó la calma a sus nervios fatigados. El 30 de enero de 1880, ya le vemos de nuevo ocupar las columnas de *El Nacional* para hacer un elogio del diccionario filológico comparado del profesor Calandrelli. Allí define, en una frase, la razón por la que alienta a todos los estudios incipien-

tes que, cual las ciencias antropológicas, recién comienzan a encontrar cultores entre nosotros: “Colocados como estamos muy a retaguardia del movimiento intelectual del mundo, de que apenas somos reflejo, fortuna nuestra es que en algunos ramos por nuestro propio esfuerzo, o por la nacionalización del saber de extraños, podamos reivindicar para nuestro país algunos florones de las ciencias modernas”.

Es por ello que estimula ~~el~~ los estudios filológicos de Vicente Fidel López —hoy olvidados por su escasa base científica y fundados en fortuitas afinidades fonéticas—, a Calvo tratadista del derecho de gentes, a Vélez Sársfield, el autor del Código Civil, y va a comenzar, desde el año siguiente, a ocuparse del núcleo fundador, entre nosotros, de las “ciencias del hombre”. Su generosidad de espíritu —aquel mismo espíritu tan opuesto a todo patriotismo de campanario que le hacía proclamarse: “provinciano en Buenos Aires, porteño en las provincias, argentino en todas partes”—, su afán de alentar toda actividad útil, de fomentar toda iniciativa juvenil allí donde la viera destacarse, hacen que sea el núcleo de la juventud, que tiene por adalides a Aristóbulo del Valle y a Miguel Cané, quien levante el nombre de este patriarca de casi setenta años como candidato, desde luego fallido, a una segunda presidencia.

El manifiesto primero, proclamando aquella candidatura, que apareciera en *El Nacional* del 15 de Marzo está encabezado, entre otras, con las firmas de Lucio Vicente López, Cosme Beccar, Julián N. Martínez, Vicente Ocampo, Francisco Ramos Mejía y otros que llenan más de media columna. De la misma manera, su argentinidad voraz, que tiende sus tentáculos para apropiarse, para el país, de todo lo que juzga importante y útil, le hace contratar los servicios de astrónomos de la talla de Gould y de naturalistas tales como Burmeister. Es que Sarmiento entiende —como lo declara en el referido examen del diccionario de Calandrelli—, que la obra de los extranjeros ilustres residentes en la Argentina es, por este hecho, obra argentina.

Por ello no es de extrañarse que, el 1º de septiembre, analice, encomiásticamente, en el mismo diario, el relato del extenso viaje de Giovanni Pelleschi al Gran Chaco, que acaba de aparecer, y en donde establece que “las descripciones de costumbres como el entierro, el matrimonio, la religión, las armas, son de grande utilidad, y dignas de ser tenidas en cuenta para rastrear el origen y la marcha de las ideas”. Es oportuno consignar la página en que narra el estado de pobreza y de miseria en que se encuentran los indios chaqueños, forzados a emigrar en busca de algarroba y de pescado, así como “Van a

Salta, Oran, a la zafra de la caña de azúcar, por módicos salarios, que no siempre les pagan religiosamente”, palabras que aun hoy suenan a actuales.

Expresiones como esas nos muestran a nuestro Sarmiento en la actitud mental de un hombre de nuestro tiempo, es decir, anticipándose espléndidamente a las preocupaciones sociales que hoy nos inspira la suerte colectiva de los grupos de argentinos menos favorecidos, terminar con estas conclusiones éticas, que pocos blancos sustentan, entonces como siempre: “Luego hay ciertas consideraciones de vanidad que no debemos olvidar; y es que los indios cuan indios son y aun salvajes, tienen derecho a vivir, por derecho humano, por derecho de propiedad y ocupación secular. El derecho de exterminarlos, aun cuando poco mal nos hacen, o en realización del bello ideal de no dejar salvajes, es un derecho que no ha usado ni aun la España, es prueba de ello que somos medio indios, y que de los indios hemos adquirido el desprecio de la vida ajena que tanto nos distingue”.

En 1881, al federalizarse la provincia de Buenos Aires, se le nombra, en enero, superintendente general de Escuelas. El cargo parecería pequeño para quien ya había sido presidente de la Nación y Ministro y Senador, y para quien acababa de ser candidato a una nueva Presidencia, pero no hay que olvidar que Sarmiento era antes que nada, maestro y que, además, era hombre de hacer los puestos y de no dejar que ellos lo hicieran. Fue entonces cuanto se suscitó aquella incidencia tragicómica, aquella tormenta en un vaso de agua, el famoso asunto de las carpas, que alguien contará, acaso, en este volumen con mejor derecho y que costó a Sarmiento su superintendencia y al Ministro Pizarro, su contrincante, la cartera. . . .

IV. SARMIENTO, PADRINO DE AMEGHINO Y DE MORENO. — En tanto en el año 1882, Sarmiento pronunciaba, en el Teatro Nacional, el 30 de mayo, una conferencia patrocinada por el Círculo Médico, en honor de la memoria de Darwin, cuyo nombre era familiar a nuestro prócer desde la juventud, en la cual había visitado al famoso *Beagle* en nuestro puerto y leído luego, con fruición, el no menos famoso *Viaje de un Naturalista*. Es la primera vez que públicamente menciona el nombre, asaz desconocido entre nosotros, del “señor Ameghino”, a propósito de la colección, por aquél formada, de armas e instrumentos del hombre primitivo y que Sarmiento confiesa, con su admi-

rable sencillez, que él no sabe describir y a quien cita de nuevo a propósito de la posible contemporaneidad de aquel antecesor y el *Elephas Antiquus*. Muéstrase luego afecto al principio geológico de la evolución, tomado por Burmeister de Lyell y, por ende, contrario al catastrofismo cuvieriano. Y sienta la proposición de que “Las ciencias que tratan del hombre prehistórico han hecho grandes progresos en la última mitad del siglo”.

Esto demuestra, sin lugar a equivocaciones, que Sarmiento sigue siendo, por ese entonces, lector asiduo y bien enterado de los recientes hallazgos que dan razón a la frase anterior. En efecto, y como lo tengo extensamente establecido en mi voluminoso libro *Siete Arqueólogos, siete culturas*, a partir de esa mitad del siglo pasado, y siguiendo las huellas de Boucher de Perthes y de otros precursores, se desata la investigación en las “ciencias del hombre”.

Baste tomar como ejemplo lo que ocurre en la Europa occidental, en la década de 1850-1860: En 1853 Noulet, siguiendo el naciente estudio de las cavernas, excava en una de Haute-Garonne, en 1854 Rigollot halla los célebres sílex de Saint Acheul, en 1858 Prestwich, Falconer y Penquelly estudian los restos óseos de la caverna de Baumann en el Harz, en 1859 el primero de los recién nombrados lo practica en el Hoxne (Suffold) y, en Francia, De Vibraye hace lo propio en la caverna de Arcy y Fontan en la de Massat (Ariège). Por fin, en 1860, Lartet explora la gruta de Aurignac (Haute-Garonne) y, en compañía de Christy hace lo propio en las de Moushier, de la Magdelaine, de Eyzies, de la Langerie-Haute, mientras Dupont comienza la de las grutas de Namur, en Bélgica.

Desde entonces el aluvión de hallazgos, de observaciones, de bibliografía, no cesa de aumentar. Fuera de lugar, aunque totalmente fácil, sería el intentar probarlo. Y en 1875 el primer Congreso de Americanistas amplía aún más el horizonte de los estudios en el Nuevo Mundo, que es ya hoy, por sí sólo, de impresionante volumen...

Volviendo a Sarmiento, es también él quien ha de hacernos una descripción del museo antropológico argentino, creado por Moreno, y cuyas colecciones pasaron luego a formar el núcleo inicial del de La Plata. Y lo visita, a pesar de tener que trepar hasta el cuarto piso de una sala anexa al Teatro Colón, donde está alojado, jadeando en la subida de los “setenta bien contados peldaños de una escala”. Es que nada puede detenerlo ante su deseo de visitar este “Panteón pampeano, patagónico, fueguino; vasta Necrópolis de las generaciones que habitaron estas

llanuras, y aquellas nevadas montañas y desgarramientos de escombros, y piltrafas de mundos en que termina nuestro continente”.

Esta visita le causa una profunda emoción, que se trasparenta en su estilo: “De todos los ángulos del vasto panteón, os miran sin ver, un millar de cráneos humanos, con sus ojos huecos, negros, sombríos y siempre fijos...” “¡Que historia la que cuentan estas calaveras! Cada grupo representa una época humana. La forma del cráneo es un capítulo de aquella historia, contada no por siglos, sino por miríadas”. Naturalmente, este despliegue lírico, le lleva luego a algunos errores científicos, frutos sin duda en enorme parte del estado incipiente y fragmentario de nuestros conocimientos sobre las conexiones y migraciones primitivas de los pueblos aborígenes de América. No insistamos en ello, pues sus errores son los de su época.

Sarmiento se interesa, en esta visita, en un mapa de la Patagonia y de La Pampa, levantado por Moreno, “en que están marcados, como en otro tiempo las batallas, por dos espadas cruzadas, el punto donde se recogió tales cráneos, huesos fósiles, tiestos de barro, armas de sílex, bolas de piedra, armas de guerra de los indios”. Sarmiento —que en el famoso discurso cervantino sobre las armas y las letras, se hubiera inclinado sin vacilar por las segundas— tiene que haber encontrado singular satisfacción en este nuevo tipo de mapa, destinado, no a conmemorar batallas sino lugares gratos a la ciencia.

Este diablo de hombre, que está perfectamente al tanto de las investigaciones de Maspero en Egipto y de las teorías de Max Muller sobre el lenguaje, no tiene inconveniente, para distraer a su auditorio ignaro, para forzarlo a seguir leyendo, de contar —antes de una adecuada descripción de las urnas santamarianas que Moreno posee—, la graciosa anécdota del *Museo Antropolófico* del rey de las islas Figgi, para terminar por dar a Moreno y Ameghino el espaldarazo de considerarles a la altura de Burmeister y Darwin. Patriótica exageración de la que, sin duda, no quedó arrepentido.

Desde entonces, el nombre de estos “jóvenes estudiosos”, ha de venir repetidamente a los puntos de su pluma. El 11 de julio de 1882 anuncia en *El Nacional*, en el artículo titulado “Paleontología y arqueología prehistórica”, que “El Jurado de la Exposición Continental ha propuesto un gran premio a las preciosas colecciones de Ameghino sobre aquellas dos ramas de las ciencias naturales”. Establece que, de acuerdo con las teorías ameghinistas en boga, “El hombre primitivo ha tenido un especial teatro en la Pampa y en la Patagonia para su desarrollo, o la sucesión de sus tipos, como quiere el señor More-

no”, alusión, esta última, a las falaces hipótesis de migraciones antojadizas, a que antes hicimos referencia.

Se apoya en Huxley para respaldar la teoría evolucionista de Darwin —como ya había hecho en el discurso del Teatro Nacional— y concluye que “asi como el señor Sarmiento, la pinta como una necesidad de la inteligencia, asi Huxley dice que si la teoría no existiese, el paleontólogo debía inventarla”. El día 13 vuelve a la carga, a propósito de “un bellissimo discurso” de Ameghino, publicado en la *Revista del Instituto Geográfico*. Allí sostiene que “Los estudios de geología, de paleontología, de antropología y la arqueología prehistórica, forman casi un solo ramo del saber”, por hallarse sus elementos tan intensamente vinculados. Y que “El Museo *Antropológico*, según nos lo repetían dos jóvenes dedicados al estudio, y el mismo señor Moreno, contiene materia para dar ocupación por años a media docena de clasificadores”.

Lo que implica, por lo tanto, que “Necesitamos pues obreros que revelen los tesoros y arcanos que aun oculta la tierra”. Es que estas son “ciencias necesarias a la educación práctica argentina, pues pueden con sus trabajos ayudar a los otros sabios del mundo con la parte argentina de la obra que abraza la tierra”. Creo que pocas frases podrían estimular más la ambición científica y suscitar mejor la emulación cordial entre los aspirantes juveniles a consagrarse a estas actividades mal retribuidas y hasta desdeñosamente miradas habitualmente por los poderes públicos, que estas que el gran Sarmiento trazaba en un artículo titulado “El Señor Ameghino”.

Y “puesto que en el camino de las ciencias naturales y las exploraciones hemos entrado”, como expresa el magno periodista, en otro artículo de *El Nacional*, del 30 de agosto, no omito recordar que el joven “geólogo y paleontólogo” Francisco P. Moreno parte de nuevo para la Patagonia. Sarmiento conoce muy bien sus anteriores peripecias. En el artículo en que narrara la visita a su Museo no ha omitido describir el episodio dramático del cautiverio entre los indios, que Moreno padeciera, y del que se ocupara *El Nacional* de los primeros meses de 1880, después de haber sido el defensor de la conservación del aviso “El Vigilante” bajo la dirección de Moreno, a quien se la había quitado un ministro algo intemperante. Ahora anuncia este nuevo viaje llevando con “diez años más de vida. el caudal de todos los estudios que en período tan fecundo se han hecho en el mundo, y la ruminación propia sobre lo ya examinado y adquirido”.

Se advierte, por algunas otras referencias, que Sarmiento está, en su tiempo, al cabo de lo que es, para ese entonces, la

moderna bibliografía norteamericana, en punto a investigaciones antropológico-arqueológicas. Y aun cuando las conclusiones que expresa “sobre el rol primitivo y fundamental de la Patagonia como centro aislado de creación”, no sean las que hoy formuláramos —por haber abandonado ese miraje prehistórico que tanto sonreía a nuestra vanidad nacional—, no es menos cierto que revelan un interés creciente por todos estos estudios.

Justamente en nuestros días, la realización, tan llena de éxito del Primer Congreso del Area Araucanista Argentina, celebrado en el Neuquén, parece abrir una nueva etapa en tales estudios científicos —así como en la comprensión definitiva entre *huincas* y mapuches, antes enfrentados como enemigos implacables. . . . ¡Cómo hubiese complacido a Sarmiento el ver reunido, en amistoso coloquio, en torno a las mesas de esa magna Asamblea, a los principales caciques regionales, nietos de los que conocieron Moreno y Lista en sus primeros viajes, con los arqueólogos y etnógrafos de mayor renombre actual en la Argentina! . . . Ese es el fruto lejano de su obra de mutua intercomunicación y de valorización de las “ciencias del hombre”.

A fines del año siguiente, el 12 de septiembre de 1883, el nombre de Moreno, “que ha sido el primero en consagrarse al estudio de la antropología”, vuelve a ser recordado en otro suelto de *El Nacional*. Esta vez es a propósito del primer trabajo que circula impreso por la Sociedad Antropológica Argentina, de reciente creación. Moreno ha examinado 200 cráneos de fueguinos y ha llegado a la conclusión de que pertenecen a la raza esquimal. Con motivo de este hallazgo —que desde luego la ciencia antropológica se encarga de desmentir poco después—, Sarmiento se lanza, en contra de las teorías del duque de Argyle, que por entonces se interesaba en estos problemas, en Europa.

Era la época heroica, en que las hipótesis apresuradas, fundadas en meras semejanzas morfológicas externas y superficiales, servían para las más estupendas conexiones de las poblaciones primitivas del mundo. Casi medio siglo nos ha costado reaccionar contra eso, sin que pueda impedirse, desde luego el reflorecimiento, de tanto en tanto, de sabios abismales, cuyas teorías fantásticas tienen una intensidad y una fugacidad meteóricas. . . .

Es la época de las humildes adquisiciones de conocimientos en el campo de la arqueología, en donde se reputa como importante poder —¡al fin!— determinar para qué servían “las ruedas o discos de piedra que se encuentran por millares en las grutas o residencias prehistóricas”. Naturalmente, la califi-

cación de prehistóricos, para los humildes *torteros* —que esto resultan ser los enigmáticos objetos— corre por cuenta de Sarmiento. Pero llama la atención que haya costado tanto trabajo determinar su empleo cuanto que en esa época el interior de la República estaba lleno de mujeres que trabajan tejidos con sus husos hechos al modo indígena...

Por último, no nos formalicemos con Sarmiento por llamar ayer “geólogo, y paleontólogo” a Moreno, y hoy “antropólogo”. Ya sabemos que, por entonces, los límites entre las diversas ciencias del hombre y la naturaleza no estaban, en buena parte bien definidos. Y para él unos y otros eran “ramos” del mismo saber... Antropólogo, o lo que fuere, el hecho es, como lo establece Sarmiento con esa simpatía generosa que le vuelca hacia todo afán útil, “que ya el nombre de Moreno está en Europa revestido de autoridad, que sus asertos son tenidos en cuenta, y que las sociedades que cultivan estos estudios, y los estudiosos que se distinguen en ellos, se dirigen a él y le comunican sus propias observaciones en cambio de las suyas”.

Sarmiento lo ayuda en lo que puede y llega hasta pedir para Moreno, a la Oficina de ingeniería del Ejército de Estados Unidos y al Instituto Smithsonian, libros cuyo contenido “es griego para mí”, según expresa, para tener el gusto de enriquecer con algunos costosos volúmenes de geología, petrografía, zoología paleontológica, etc., la biblioteca del Museo antropológico de su joven amigo.

V. SARMIENTO Y SU “CONFLICTO Y ARMONÍAS DE LAS RAZAS”. — En esta época de su vida se nota que la preocupación de lo indígena le acecha. Acaso no es ajeno a ello la preparación de su libro inconcluso *Conflicto y armonías de las razas en América*, que ha de editar en ese año, y que ha llegado hasta nosotros como una especie de desorganizado borrador de anotaciones preliminares, a las que el autor no tuvo tiempo de utilizar dándoles ubicación definitiva, ni la selección completa de que hubieran menester.

Así se explica —por ejemplo— que, hablando en la Escuela Normal de Mujeres de Montevideo, se deje llevar a una digresión de media página acerca de la vida de las mujeres de los pampas, que sorprende por su realismo y por la suma de datos etnográficos que revela conocer.

De la misma manera alienta a Ameghino al invitarle, públicamente, a dar una lectura sobre la teoría de Darwin en el Salón de Conciertos de la Exposición Continental, anunciando “un público ávido de oírlo” y pronosticando que “Esta lectu-

ra hará sensación en Europa misma, por la grandeza del asunto y la palabra del joven maestro que ya se ha hecho oír en Europa con autoridad y que ha fijado en la obra en dos volúmenes que llevan su nombre”. Y agregando la proposición auxiliar de que a la Conferencia le siguiese un corto cambio de ideas con la Colaboración de “Moreno, Zeballos, Lista, y algún otro que desearía hacer observaciones, o comunicar las propias, sobre los terrenos pampeanos, y su prodigiosa fauna”.

Para el entusiasmo de Sarmiento no hay duda sobre el éxito de una reunión científica de esta especie. Termina vaticinando que si Ameghino habla “mil auditores estarían pendientes de sus labios dos horas”, posibilidad más que halagueña para el sabio y modesto paleontólogo casi desconocido en Buenos Aires.

Esa conferencia fue efectivamente dada por el joven sabio y sabemos que —tal como el precursor lo anticipara— constituyó un acto científico de gran resonancia en su momento y una oportunidad de contribuir a difundir las ideas evolucionistas.

Su libro *Conflicto y armonías* contiene no pocos datos etnográficos desparramados en sus páginas. Allí recuerda con afecto a sus dos jóvenes amigos, Ameghino y Moreno, se repiten dócilmente sus teorías, o se glosan ya manidos errores: “el comercio de los egipcios alcanzó al Japón, a la Europa, a las Pampas y a la Patagonia”, o nuestros cantos tristes son “idénticos a los escandinavos” o, aún, los salvajes americanos “son el mismo hombre prehistórico de que se ocupa la ciencia en Europa...” Luego se intenta una caracterización veloz de las grandes parcialidades indígenas que han habitado el territorio argentino.

La visión es fragmentaria, pero no siempre errónea. Se ve que ha habido un propósito de informarse todo lo seriamente que los pocos conocimientos que entonces se tenían lo permite. Y hasta se logran aciertos descriptivos, asociativos o comparativos en más de una página. No es de los menores aquel en que, más que promediando el volumen, se establece la enorme importancia que tuvo para nuestros indígenas el dominio del caballo. Se trata del capítulo IX, que se titula, justamente: “Los indígenas a caballo”. Sarmiento dice que “La influencia del caballo ha sido tal, que en los países que no lo poseen en abundancia, como en Bolivia y en el Ecuador, las indiadas conservan su carácter secular y su secular fisonomía”.

Y agrega que “aun en los Estados Unidos, donde el bosque los protege y la adopción del rifle los defiende contra la raza blanca, no han cambiado de modo de ser en contacto con los blancos, con excepción de los sioux y los comanches que viven en llanos, por los que vagan a caballo”.

Además, recuerda de inmediato, el caso de Venezuela y la República Argentina, en donde “los blancos y la montonera han ejercitado suprema influencia en las guerras civiles, habilitando a las antiguas razas a mezclarse y refundirse, ejerciendo como masas populares a caballo, la más violenta acción contra la civilización colonial y las instituciones de origen europeo, poniendo barreras a la introducción de las formas en que reposa hoy el gobierno de los pueblos cultos...”

Sin apartarnos de la Argentina agreguemos que todos los problemas de la guerra contra el indio en la frontera del Sud sobre todo, reposan en su dominio del caballo. Basta leer los relatos que, a 80 años de distancia entre sí, escriben el padre Falkner y el coronel Munsters, para advertir hasta qué punto toda la vida colectiva y familiar de los indígenas de las llanuras bonaerenses y de la Patagonia austral se ven modificadas por la introducción de este elemento de movilidad, antes desconocido.

Así puede decirnos Sarmiento: “Ha debido haber una edad del caballo, que permite al hombre desligarse del suelo, aspirar otra capa de aire más pura, mirar a los demás hombres hacia abajo, someter a los animales y sentir su superioridad por su dilatación del horizonte, por la ubicuidad de morada, por la impunidad obtenida sustrayéndose de la pena. En América marca de tal manera una época la introducción del caballo, que puede decirse que suprime dos siglos de servidumbre para el indígena, lo eleva sobre la raza conquistadora, aun en las ciudades, hasta que el ferrocarril y el telégrafo devuelven a la civilización del hierro su preponderancia”.

Ningún ejemplo mejor para mostrar cómo el formidable sociólogo, que hay en Sarmiento, se afirma cuando sale del terreno puramente etnográfico, en que vive de prestado, para batir las alas en su propio ámbito.

VI. SARMIENTO EN LA FUNDACIÓN DEL MUSEO DE LA PLATA. — En 1885 está de parabienes. Publica en *El Censor* —su último diario— su libro sobre la vida y obras de Francisco Javier Muñiz, en el que retrata “al proveedor de fósiles a todos los museos de Europa, al descubridor del caballo argentino”. Además, su joven amigo Moreno ha conseguido planear y llevar a cabo la fundación del Museo de La Plata, destinado a tener, bien pronto, renombre mundial. Imposible detenernos aquí en esa lucha en que Moreno empeñará todas sus energías, pondrá en juego todas sus influencias y hasta mal venderá parte de sus bienes. Lucha que, por lo demás, he historiado menudamente en las oportunidades diversas en que he trazado la bio-

grafía de Moreno. Sarmiento comprende toda la importancia que muy pronto ha de adquirir, a los ojos de la Ciencia, el gran establecimiento platense.

Si bien la fundación de La Plata nace envuelta en una nube de sospechas y de versiones injuriosas de cohechos y de interesados comentarios, que no siempre logran encubrir el propósito de destruir políticamente el prestigio de Rocha, Sarmiento sabe que de todos los edificios públicos que se están levantando, como por arte de magia, en el hasta entonces erial platense, éste del Museo será el más importante y por ello quisiera concederle los honores de la primogenitura inaugurándolo antes que a ningún otro. Tiene ya setenta y cuatro seguidos años pese a que, desde hace casi diez, padece del corazón, por una creciente hipertrofia. Sin embargo, venciendo sus achaques, se traslada a La Plata y habla en el acto de la inauguración.

¿Qué dice este anciano glorioso, que ha pasado por todas las magistraturas públicas sin contaminarse ni enriquecerse?

En su carácter de evolucionista convencido, no vacila en estampar, tras algunas reflexiones iniciales, los siguientes conceptos a los que da el carácter de definiciones: “La paleontología venía, pues, a ser el prólogo de la creación animal y la antropología a inscribirse en la primera página de la historia humana”. ¿Aprovechará este gran orgulloso la oportunidad de deslumbrar con lo que sabe? No, habla no para dar lustre al acto, con gesto de jactancia que sus enemigos descuentan, sino, simplemente, para hacer constar que se halló presente con la conciencia clara de que la posteridad no podría olvidar su apoyo a nuestra naciente ciencia antropológica, y prodigar sus voces de aliento a los representantes que en esta tierra se iniciaban, su paternal apoyo desinteresado. Cree en la futura grandeza del Museo de La Plata y quiere que se sepa que fue de los que advirtió este destino en el instante primero. Y aunque el Museo no es más que la sombra de lo que luego ha de ser, admira “este estupendo libro con láminas, que contiene la historia de un millar de siglos” y al cual ordenarán sus amigos Moreno y Ameghino.

Claro está que aún en esos momentos está existente, en plenitud, la amistad que han sellado entre sí estas dos figuras máximas de la primera generación de los estudiosos de tales disciplinas. Desgraciadamente esa amistosa colaboración, que tantos bienes prometía, ha de desaparecer poco después al ser sometida a la acción deletérea de los infaltables difundidores de insidias que casi nunca faltan a la sombra de los templos del saber. No es el momento, sin embargo, de recordar el infeliz episodio que dio por tierra a tal amistad y que tengo

narrado tanto en mi *Ameghino, una vida heroica*, como en mis biografías de Moreno, y sí —sólo— para decir que Sarmiento, que sin duda sufrió de esas rencillas de sus dos jóvenes amigos predilectos y de su larga y terca enemistad, sin haber tenido la alegría de verlos retornar a la amistad, a la que ambos volvieron, como correspondía, sin reincidencias ingratas, en sus propias ancianidades ilustres, pero cuando ya el prócer Precursor había desaparecido...

VII. LAS ULTIMAS INICIATIVAS. — A pocos días de comenzado el año siguiente, 1886, Sarmiento continúa su vida habitual, aunque cada vez más asediado por sus achaques. Sin embargo no se rinde todavía. Con su habitual interés por todo, concurre a reuniones y frecuenta gentes. Es así como invita en enero del año siguiente, a una lectura, practicada en su casa, a un grupo de amigos, sobre un tema tan difuso como “La Unción soberana”, y encuentra oportunidad para referirse a la industria del tejido que “era india, pues la practicaban y difundieron los quichuas, puliéndola la raza conquistadora”. Valga lo que se quiera esta frase —que reserva a los solos quichuas una técnica indígena que ha tenido utilización protohistórica por pueblos que no tuvieron conexión alguna con aquéllos—, es suficiente, sin embargo, para mostrar que no se olvida, venga o no a cuento, de introducir el dato etnográfico en sus escritos de esa época.

Y que aspira a que las “ciencias del hombre” se estudien en serio, nos lo demuestra el siguiente episodio: dos jóvenes de entonces, que han llegado hasta nuestros días en vejez laboriosa, Calixto Oyuela y Antonio Dellepiane, le hacen saber que los concurrentes a la reunión definitiva de constitución de “El Ateneo Argentino”, celebrada como correspondía a la edad de la mayoría de sus miembros, en el Colegio Nacional de Buenos Aires, le han designado Presidente de la Asociación. No obstante sus años y molestias, Sarmiento acepta complacido. Ninguna iniciativa cultural juvenil había de encontrarle lejos suyo. Pero, debiendo partir para Rosario de la Frontera a tratar de reparar su salud quebrantada, propone “algunas indicaciones que desearía se tengan presentes al organizar las comisiones”.

Así, a las que reclaman los estudios universitarios, auspicia se agreguen las que corresponden a tres materias de su predilección: la comisión de estudios constitucionales, la de educación primaria y la “de *estudios antropológicos* o el nombre que convenga darles a los que se refieren al hombre primitivo en

América —por ser este un ramo nuevo de la investigación histórica, y proporcionar a nuestra juventud estudiosa teatro vastísimo para concurrir al trabajo de reconstrucción de las primeras páginas de la historia humana”, de la que —ameghinista convencido— entiende que el prólogo estuvo en nuestro Continente.

Con el precedente de los honores europeos discernidos a Ameghino y Moreno, cree que “sería fácil reunir a todos los obreros en este campo casi virgen de exploración”, señalando que “careciendo nosotros, por lo general, de estudios científicos” se pueden “llenar en cualquier edad los vacíos de nuestra educación universitaria”. Palabras formidables de verdad en este ejemplo vivo de curiosidad intelectual.

Es que de esta suerte era la juventud mental permanente de aquel impetuoso anciano, que se sabía, más joven y más osado que los jóvenes. De este príncipe de las letras argentinas, que prefería la gloria del biólogo eminente que salva las vidas a la del cesáreo Napoleón que las destruye. Que era —como lo dijera él de Gould, al despedirle— “Prócer de la gran República de las ciencias y de las letras, en que son títulos de admisión sólo el estudio, el trabajo, el talento, según sus grados de desarrollo y utilidad hasta el genio”. Que en 1864 se preocupaba ya por señalar en un artículo la referencia a un vestigio del camino del Inca en tierras argentinas, asunto que es hoy, casi al cumplirse un siglo después, tema de preocupación para nuestros arqueólogos que, en aquel mismo año, “parado silenciosamente sobre la huaca de San Isidro, sobre aquellos millares de restos de seres humanos que aguardan sentados la resurrección de la carne, en medio de aquel horizonte erizado de torres en Lima, terminado en bosques de naves hacia el Callao, en perfiles de montañas hacia los demás costados y desde mis pies desprendiéndose callejuelas que se irradian en todas direcciones hasta encontrarse con las otras huacas, a fin de forzar la atención y guiar la mirada á los extremos, comparaba en las torres y en las naves, el producto de tantos progresos de la Sociedad moderna, con este y aquellos monumentos de un arte primitivo”.

VIII. UBICACIÓN DE SARMIENTO EN LAS “CIENCIAS DEL HOMBRE”. Tal era el hombre y tal su sensibilidad arqueológico-histórica. No era un especialista, pero supo alentar a los que deseaban serlo. Bien por el contrario, es todo lo opuesto a cualquier especialización. Periodista formidable y autodidacto, lo lee todo, lo comenta todo, lo conoce todo. Cuando se equivoca, en materia científica, es su época la que se equivoca, pero él ha hecho

suya, generalmente, la opinión de los mejor informados. Hasta de sus persecuciones y de sus altibajos ha sabido obtener enseñanza, pues como dijo él bellamente: “Es no poca ventaja para un sudamericano haber, como yo, cambiado de lugar tantas veces, a fin de poder contemplar su propio país bajo diversos puntos de vista”.

Por lo demás, las “ciencias del hombre” no fueron, hay que reconocerlo, mas que un capítulo menor en el volumen desmesurado de su obra escrita. Como otros precursores, tuvo una especie de intuición adivinatoria de algunas de las grandes cuestiones o de las maneras mejores de encarar su tratamiento y sus grandes condiciones de sociólogo, de historiador (bien que apasionado) y de escritor costumbrista, hicieron lo demás.

Con todas las limitaciones de su autodidactismo, pudo su inteligencia natural superar muchas deficiencias y su calor de humanidad le llevó a prohijar los esfuerzos iniciales de jóvenes de talento a los que concedió el espaldarazo de su protección y el calor de su amistad.

Este sesquicentenario ha desatado, como lo hizo el cincuentenario de su fallecimiento, toda una literatura sarmientesca. Permítaseme terminar este artículo con las mismas palabras que escribí en ocasión del cincuentenario antes mencionado y que, desgraciadamente, resultaron demasiado exactas: “Más me temo que pocas contribuciones de ese chaparrón de circunstancias puedan ponerse a la altura de lo mejor que ya poseíamos sobre Sarmiento: las páginas antológicas en que Aníbal Ponce describió su infancia y algunas de las que consagró a su senectud; los dos libros que Alberto Palcos dedicó a su biografía y a su genio. Creo que Sarmiento, por la copiosidad torrencial de su labor —que no está cabal ni aun en sus cincuenta y dos caóticos y dispares volúmenes de sus obras completas— no puede ser ya estudiado por un solo autor”.

Correspondería, ahora, aplicándole un criterio monográfico, que un conjunto de autores responsables, enfocando cada uno de los aspectos de su poliforme actividad conforme a la especial capacidad de cada cual, tratara de explicarnos sus actos, su información, el alcance y proyección de sus ideas y estableciera lo que está vivo y lo que está muerto de cada parte de su inmensa labor. Eso, y la edición comentada y crítica de sus principales obras, sería lo que mejor podría esperar Sarmiento de nosotros. El abuso del ditirambo y del empleo de la antítesis victorhuguiana, a que su caso se presta y se ha prestado como pocos, sólo alcanzaría de sus labios gruesos, sensuales y agresivos, las palabras vengadoras que él sabía emplear con la eficacia de una maza”.

IX. EL OTRO SARMIENTO. — Lo propio de los grandes hombres es mantener una vitalidad más larga que la de su propia vida física. Su recuerdo permanece arraigado en el espíritu de los que le suceden con la condición inmarcesible de un símbolo. Hombres-bandera, las nuevas generaciones se renuevan en torno de su recuerdo inmortal, se agitan si ven frustrados o cercenados los ideales que ellos hicieron tremolar y, si el caso lo requiere, van de nuevo a la lucha con el nombre prócer a flor de labios, como un grito de victoria o un anhelo de redención.

Eso es lo que nos ocurre con Sarmiento, figura señera, arquetipo de la argentinidad, personalidad perpetuamente joven, a la cual los años ni oscurecen ni achican. Allí donde haya un problema en el que la cultura esté frente a la ignorancia, la arbitrariedad frente a la justicia, la tiranía frente a la libertad, el nombre de Sarmiento volverá espontáneamente a flotar sobre la multitud en marcha como un halo de grandeza, o como una voz de orden para la acción.

Hace unos años, en ocasión del cincuentenario de su muerte, un grupo de profesores de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de La Plata, demostramos, en un volumen de homenaje, el carácter polifacético de ese genio nacional. Los homenajes que en estos días se le han tributado, fervorosamente, ratifican aquella diversidad, a veces desconcertante, de su actividad y de su saber.

El formidable escritor que hay en él, comenzó en un tímido ensayo de poeta, que iniciaba a los 27 años con los inocentes versos que, bajo el seudónimo de García Román, remitiera a Alberdi. Este tímido ensayo no cuajó, lo cual no impide que Sarmiento escribiera, a lo largo de su vida laboriosa, muchas páginas de magnífico poeta. El don poético de amar a la naturaleza viste su pluma de prosista con la galanura cambiante de todos los colores y su ternura natural —celosamente escondida bajo la erizada armadura del luchador— se hace patente a cada paso. Esa ternura íntima es la que le dicta las páginas inolvidables referentes a la madre y al lugar natal, la que nos lo muestra niño, a la sombra de la añosa higuera que más tarde sería sacrificada, la que nos habla de la vieja y desvalida casa de adobes, “donde la escasez era un caso y no una deshonra”, y cuya construcción pudiera computarse, como él nos lo cuenta, en las varas de lienzo tejidas por las manos maternas. Es esa misma ternura la que, permitiéndole regocijarse de que su familia gozara siempre “la noble virtud de la pobreza”, le hace conservar, cual preciado tesoro la ennegrecida lanzadera de algarrobo, lustrado por el frote de las manos hacendosas que la habían manejado por generaciones. Esa ternura es la que le hace recordar, con respeto filial al padre que “pasó toda su

vida en comienzos de especulaciones” vagando por el país, hasta que la edad de nuestro prócer le convirtió en lujo de su lujo, como esos padres de las novelas de Dickens. Ese sentimiento de ternura es el que le hace escribir su dolorida Vida de Dominguito, asombrosa para tantos que no veían en él sino al combatiente implacable, de siempre calada vigera. ¿Cómo no había de ser tierno el defensor de los horneros, el que gozaba con los camuatís, el que hacía esgrima con su loro y en trance de enfermedad de aquel le hacía cuidar por médicos como si fuera un miembro de familia? Amaba tanto a los pájaros bellos, que cargado ya de años y de honores, aspiraba a ser designado juez de paz de Junín, que entonces era sólo una aldehuela en la pampa todavía insegura, nada más que para evitar la mantanza de algunas hermosas aves.

Gentes sin perspicacia psicológica han dudado de esa honda capacidad de ternura, confundiéndola con el afeminamiento o la sensiblería que no eran de esperarse en alma tan bien centrada. De la misma manera se le ha tachado de vanidoso, cuando carecía —como lo hace notar Alberto Palcos— de las dos vanidades más funestas: la literaria y la del cargo. Para la literaria basta recordar los términos de su carta a Alberdi, al someter a su juicio los versos iniciales. Para la segunda su respuesta a los enemigos que le vituperaban un par de años antes de su muerte: “he debido encontrarme con duros obstáculos y sería necesario ser un Dios para no errar entre tantos errores y para no ceder el ejemplo del mal, cuando por estirparlo se trabaja más de medio siglo. Las injusticias individuales las repara la historia y ella tratará de las mías”. Porque, si bien no es vanidoso tiene plena conciencia de su propio y excepcional valer. Esa tranquila seguridad, ese saberse siempre consigo mismo, es lo que le da una fuerza roqueña, la fuerza en que se estrellan inutilmente los embates de la maldad, de la complicidad de los pequeños, de la pasión y de la sin razón. Por su parte, como lo dice en otra carta confidencial, espera tranquilo “la justicia de la posteridad, que es el cielo de los hombres públicos”.

Maestro de escuela a los 15 años, su nombre se identifica con la educación popular. Su pedagogía es cosa viva, no cristalizada en sistema. Sus fuentes son las doctrinas francesas, cuya raíz aparece con el Iluminismo. Apasionado lector de la Enciclopedia, recibe el máximo influjo de las ideas educacionales de Condorcet. En él aprende como la instrucción pública es el medio más directo y real de hacer carne en el pueblo la igualdad de los derechos, de aumentar el saber y suprimir las desigualdades frente a la tiranía. De él toma también las ideas referentes a la enseñanza pública profesional y al derecho de la

mujer a recibir esa enseñanza y a actuar como educadora. De Guizot, maestro de su tiempo, aprende otros principios con los que va a redondear su doctrina armónica: el de la gratuidad de la enseñanza, el de la necesidad de un aumento cada vez más intenso de las escuelas normales y primarias, de la implantación de cursos para adultos, de la necesidad de llevar la enseñanza a los asilos, de la urgencia de crear revistas pedagógicas para aumentar el nivel de cultura de los maestros y discutir libremente los temas de la enseñanza y, por último, de la convivencia en crear manuales especiales para la enseñanza.

Hoy, todos esos tópicos aparecen superados. Pero hay que ponerse en el momento histórico en que Sarmiento alzaba su voz para proclamarlos. Rosas, “el sagacísimo Rosas”, como alguna vez le llamara Sarmiento, sabía del poder obscurantista de la ignorancia y confiaba en él como un aliado. Después de haber subido al poder con el auxilio de la clase campesina había encadenado a los gauchos al trabajo rural en las estancias con las disposiciones del código rural condenatorias de la vagancia, y en vez de propugnar por la elevación de esa clase le había negado la posibilidad de una educación rehabilitadora, reservando la instrucción sólo para los niños ricos, estableciendo el pago de la enseñanza, con la correlativa disposición de que “el alumno que no entregase la suma que le fuese asignada sea despedido”. Ello hizo posible que el gobierno de Rosas se despreocupase de la educación, entregándole su supervisión al intendente de policía y que, de 1838 a 1840 el presupuesto educacional bajase de \$ 58.580 a \$ 2.300. El carácter obscurantista de esta disposición corre pareja con los que se toman respecto a la Biblioteca Pública, en la que disminuían paralelamente, volúmenes y lectores.

Sarmiento contesta a este programa de gobierno publicando, en 1842, su *Análisis de métodos de lectura*, simpática cartilla en la que se asienta esta frase lapidaria: “la instrucción primaria es la medida de la educación de un pueblo”. Esa disposición, que le lleva a exigir escuelas para todos, como antítesis de la posición rosista de escuelas para unos pocos, ha de durar lo que su vida. En 1862, es decir 20 años después de aquella cartilla, nos dice que su afán por la cultura popular nació en sus años primeros ante el espectáculo de la naturaleza. Por eso puede escribir: “necesitamos hacer de toda la República una escuela ¡sí! una escuela donde todos aprendan, donde todos se ilustren”. Es en Estados Unidos donde ha aprendido esta pedagogía de acción. Allí, Horacio Mann, le ha enseñado a considerar la educación del pueblo como la base necesaria para la libertad.

Sarmiento es, en efecto, un pedagogo de acción. No se detiene ante los aspectos estrictamente técnicos del problema, ni en sus fundamentos psicológicos. Procura, por encima de todo, la elevación del carácter moral, la preparación para el ejercicio de la virtud, el cultivo de las facultades y sentimientos éticos del hombre. El sabe el valor del ejercicio de la inteligencia, aunque los conceptos y los datos que la memoria retiene se olvidan, como lo prueba el aprendizaje del latín. Es un enemigo implacable del memorismo, pues lo que directamente le interesa es hacer aprender a pensar, a razonar. No le interesa tanto el erudito como el ciudadano. Cree en la enseñanza de la lectura como un medio de mejoramiento de los hombres, tanto aislados como en colectividad. Por eso propugna la supresión de los castigos, que vejan y degradan, por eso le preocupa la técnica de construcción de los edificios escolares y de las aulas, porque el alumno debe ~~de~~ absorber belleza, comodidad, alegría de vivir, al mismo tiempo que saber. Eso es lo que nos dará en un mañana próximo hombres libres en una nación libre. En eso consiste la misión educadora de la sociedad, la importancia de los problemas de la pedagogía social. Por eso la educación es su manía, manía que él reconoce alegremente en un discurso de 1868, agregando, para su justificación y su descargo: “las manías han hecho del mundo lo que es hoy. Manía fue la libertad de los pueblos que como el inglés, la conquistaron en siglos con su sangre; manía fue la independencia de la generación que nos precedió. Sólo cuando una gran aspiración social se convierte en manía se logra hacerla: hecho, institución, conquista”.

El cree que los maestros de escuela son en nuestras sociedades modernas esos artífices oscuros a quienes está confiada la obra más grande que los hombres pueden ejecutar”. No hay que apegarse lo conocido; debe agregarse la investigación personal. Por ello agrega: “Todo un curso completo de educación puede resumirse en esta simple expresión: leer lo escrito, para conocer lo que se sabe y continuar con su propio caudal de observaciones la obra de la civilización”. Por eso, concluía en 1868, “necesitamos hacer de toda la República una escuela”.

Como educador tiene aún Sarmiento tres grandes títulos: fue el creador de las escuelas para educación de los militares. La Escuela Naval y Colegio Militar de la Nación le deben la una su restablecimiento, después de infructuosas tentativas coloniales, y el otro su nacimiento. Espectáculos como el de Quiroga, como el del Chacho, mostraban a Sarmiento y al país la necesidad de educar a la clase militar formada hasta entonces con la instrucción puramente de aventura y fortuita nacida en los vivacs y en las rutas. Sarmiento consideró que ellos tenían tam-

bién que instruirse para formar la defensa armada de la nación y su escudo contra la arbitrariedad y la violencia.

Fue, también, el reglamentador de las escuelas de extranjeros, entendiéndolo que esas escuelas privadas, donde los hijos de extranjeros bebían no sólo el conocimiento de sus lenguas originarias sino el amor a instituciones foráneas perturbaban la orientación educacional del estado y podían constituir grave peligro en una tierra de gran absorción de inmigrantes, cuya primer tarea aglutinadora debía venir por la vía de la educación. Finalmente, fue el más grande propiciador de la educación de la mujer, actitud que le coloca al par que Rivadavia.

La encendida prédica educacional, que duró lo que su vida, creó un verdadero estado de pasión por los problemas de la enseñanza pública, estado de espíritu que nuestro país no había conocido hasta entonces. Los maestros constituyeron, para él, la milicia de la cultura, en la cual se apoyó, al par que la apoyaba con todas las fuerzas de su inmensa acción.

Era Sarmiento un autodidacta típico, por su conmovedora fe en el valor de la inteligencia del hombre, por su voluntad sin fallas para el propio perfeccionamiento interior, por su tranquila seguridad en el progreso indefinido, al que desea “para que todos participen del festín de la vida, del que yo sólo gocé a hurtadillas”, según decía. A los 18 años aprendía, sólo, en San Juan el francés. A los 22, siendo dependiente de comercio en Valparaíso, o capataz de una mina en Copiapó hacía lo propio con el inglés: en las profundidades de una mina, rodeado de una luz sudorosa y fatigada, leía en su idioma original a grandes pensadores y artistas anglosajones. Esa capacidad de superación de la mediocridad ambiente, pese a todas las dificultades propias es ya una gran muestra de superioridad intelectual y moral. En esencia es la misma que le permite estar por encima de los partidos, o figurar ocasionalmente en alguno de ellos sin contaminarse con las pequeñas conspiraciones electoralistas o los intereses venales de los grupos en pugna. Por ello, también, su autoridad moral es inmensa, lo que unido a su capacidad de escritor o de orador, en la tribuna y en la polémica, le convierte en una incontrastable fuerza demoledora. De ello pueden dar fe sus enemigos y especialmente los más vulnerables, Roca y Juárez Celman. Pero esta misma superioridad le convirtió en el peligro de los políticos sucios y fraudulentos, quienes, en más de una ocasión se confabularon para perderle. Por ello, después de haber actuado en altos cargos, fue vencido, en elecciones de concejal, por un boticario de barrio, Otto Recke, que además de carecer de condiciones era alemán y, poco después, otro ciudadano sin mérito, apellidado Cabeza, volvió a vencerlo en una candidatura a diputado por San Juan.

Su único mérito era haber sido intendente de policía de aquella ciudad. La desproporción entre ambos antagonistas era evidente, Cabeza, se llamaba así “no por serlo de nada, sino porque le viene de sus padres”, como, donosamente hizo saber *El Censor*. Y Sarmiento presagió que aquel Cabeza obtendría la victoria “precisamente por atribuirle a él (a Sarmiento) tenerla demasiado”. A Sarmiento pudo aplicarse, en ese trance, lo que él dijera en su medallón biográfico sobre Oro: “Estos pueblos no le han perdonado, no sus actos sino su superioridad” Esa vergüenza nacional fue un nuevo triunfo de los fabricantes de elecciones que, desde tiempo atrás y hasta nuestros días han hecho o intentan hacer de las suyas en una tenebrosa conjuración contra el talento. Interesaba no tener en las cámaras un opositor de la talla de Sarmiento, quien, aún fuera de ellas continuó su prédica contra el presupuesto inflacionista con fines militares de Roca, diciendo que en su programa de Gobierno en vez de “paz y administración” debía leerse “remingtons y empréstitos”, palabras que parecían tener, como muchas de las de Sarmiento, una modernidad inusitada.

Fue el hombre para el cual la vida fue una vasta escuela. Por ello no debe extrañarnos que nos diga: “he vivido en todas partes de la vida íntima de mis huéspedes y no como viajero”. Por eso Esteban Echeverría hizo el elogio de su *Libro de Viajes*, que el poeta requirió con premura de su amigo Alberdi. Los pensadores norteamericanos le fueron familiares, conociéndoles desde su edad temprana. De esta suerte se identificó con Franklin, cuya vida conoció al retornar de Chile y que fue su modelo. Por eso recuerda constantemente a Washington, a lo largo de numerosos escritos. Por eso escribió la ejemplificadora *Vida de Lincoln*, estando en Estados Unidos en 1865. Por eso, por último, en el último mensaje de su período presidencial hace, en 1874, el elogio de Estados Unidos, de donde salió el gran principio de la tolerancia religiosa que adoptó al fin el mundo y que ha restañado el reguero de sangre que la humanidad derramó durante 20 siglos. Esa tolerancia, la extendió con el andar del tiempo a la política, cuando advirtió la necesidad legítima de una unión nacional. De ahí el resonante éxito de su famoso discurso de clausura de la Convención del Estado de Buenos Aires en 1860, que dio como resultado la vuelta de Buenos Aires al seno de la confederación, tema sobre el cual dejó apuntes muy adelantados para un libro póstumo inédito.

De toda la inmensa obra escrita por este enorme talento, de quien Pellegrini había dicho que “fue el cerebro más poderoso que haya producido la América”, de todo ese inmenso monumento ético que son los 52 volúmenes de sus incompletas

Obras Completas, la obra cumbre quizás sea el *Facundo*. Hay en todo ese ejército de páginas un valor permanente por su ideal de civilización, un testimonio imperecedero por su fuerza de argentinidad, las más agudas muestras de la capacidad literaria y del cambiante estilo. Medallones de antología como los artículos costumbristas que sobre el paquete, el minero, y otros tipos psicológicos colectivos escribió para *El Progreso* o *El Nacional*. Pero pocas obras llevan tan fuertemente la garra del talento como el *Facundo*, con su fuerza arrolladora de descripción de la naturaleza, con su vigor extraordinario de las imágenes, con sus medallones que darán por siempre, como aquellos que dedicara al cantor y al rastreador. Con su grito permanente en pro de la libertad. Este anhelo de libertad que es guía inmaculada de la vida de Sarmiento, por el que pasa proscipciones, penalidades y destierro; por el que se aleja, niño aún de la casa paterna; por el que escribe el apóstrofe inmortal en las piedras de la Cordillera; por el que va a escribir, por fin su *Facundo*, que es el ensayo filosófico más profundo sobre las causas y el carácter de nuestra evolución social y de nuestra revolución.

Sarmiento, que al descubrir la vida de Domingo de Oro nos dice que: “es mayordomo de una casa de amalgamación, lidiando con patanes que muelen metales, como molió toda su vida con patanes generales, gobernadores y caudillos que demolían pueblos”, se va a enfrentar ahora con un personaje digno de su pluma por la fuerza de su gravitación en el escenario nacional. Este libro va a ser su alegato y su condena, pues es el primer ensayo, entre nosotros, de un género de literatura política destinada a la condena de las dictaduras de los gobiernos fuertes y sin ley. Allí se enfrentarán dos caracteres que participan, para Sarmiento, de la representación de las fuerzas del mal. Rosas “corazón helado y espíritu calculador”, frente a Quiroga, valiente, ingenuo, bárbaramente atropellador. Por eso Alberdi ha de poder decir que Sarmiento fue “el Plutarco de los bandidos”.

Si en ese libro nos sobrecoge la admiración por su grandeza y por los esplendores de su prosa, no podemos menos de reconocer que, en muchos puntos, el planteo es históricamente falso. En la pugna entre la civilización y la barbarie, Sarmiento equivocó el papel social de las poblaciones campesinas. Por ello erró al valuar los motivos de acción que empujan a la montonera. En aquel ondular de crines, en aquel resonar de cascos, en aquel centellar de lanzas, en aquel ulular de gritos roncós y entrecortados, está latente y resonante un gran grito desesperado en favor de la libertad. De la libertad que nace con nuestro pueblo en el agitar de las jornadas populares de

los chisperos frente a las puertas del Cabildo, de esa fuerza que es el resorte que mueve oscuramente toda nuestra historia y la clave secreta de nuestra estructura nacional.

Rosas supo aprovechar esa fuerza, como lo expresó sin embajes en 1829. Dividir para vencer. Conducir a la lucha de clases para dominar, no aprovechando el poder para llevar a una superación del problema gracias a su justa solución. Ahondarlo para perpetuarse en el poder. Esa es la actitud del gran demagogo que fue Rosas; esa es la actitud típica del demagogo a través de los tiempos.

Nadie más opuesto, constitutivamente, a toda superación de libertad, a toda dictadura. Buena parte de ello son sus famosos *Comentarios a la Constitución*, que lo definen como a un vigilante conductor de pueblos libres. Entresaquemos de ese texto perdurable los conceptos esenciales. No basta a Sarmiento la libertad como mero contentamiento del sentimiento de dignidad humana. Necesita que se asiente en una base económica, que dé fuerza a la posición del individuo y provoque el engrandecimiento nacional. En este sentido sus conceptos se asientan en la historia: “Vegetan los pueblos que carecen de una parte de las libertades públicas —nos dice—, se extenuan en la oscuridad y la decrepitud los que carecen de todas ellas”. Y tras el concepto lapidario, viene el ejemplo ratificador, el de Inglaterra. “que más libertad ostenta; el de Estados Unidos del que “pasman y asombran los prodigios de engrandecimiento y riqueza”, logrados “merced a sus libertades públicas”.

Gracias a ello se llega, pues, al concepto de que la libertad es un capital “la mejor y más productiva herencia que una generación puede dejar a otra”. Ni aún los que conculcan las libertades o las pervierten en su finalidad o en su sentido, escapan de su reverencia, al menos aparente. Todo lo que fuera de ellas se edifica es cosa que crece sobre la arena: “Los estadistas que en sostén del orden han creído deber suprimir libertades no han tenido tiempo de morir antes de haber visto derrocado el poder que creían resguardar, o restablecidos los absolutismos que creyeron alejar. Tras ello viene la admonición a los aprendices de dictador: “La anarquía y el despotismo son los dos escollos de todo aprendizaje político. Los excesos de despotismo enseñan a amar la libertad; las perturbaciones y el malestar de la anarquía reclaman el orden”. Ambas máximas merecen, en todo tiempo, una meditación activa, presta a convertirse en acción. La vida y la dignidad de los ciudadanos y de los pueblos residen en su respeto. No son frases académicas. Son algo que vive y palpita, insobornable, en la entraña misma de nuestro pueblo.

FERNANDO MARQUEZ MIRANDA.